Invierno Interno

Julisterra

Capítulo 1

I

INVIERNO

La noche en que Michael saltó de la azotea del edificio yo estaba en casa, leyendo, sola, en el último piso del predio, justo debajo de sus zapatos antes de saltar. Escuché la carrera desesperada de alguien que corría hacia el borde, como gaviota alzando el vuelo. Después silencio. Luego los gritos sofocantes de alguna mujer que vería la caída y un vecino que corría en su auxilio. Nevaba, y el cuerpo de Michael caía con la nieve y casi que podía ver sus ojos felices al sentir los copos de nieve estrellándose contra su cara, las manos abiertas intentando atraparlos, los lentes apartándose de su rostro y dejándolo atrás en el intento frustrado de volar.

Hubiera sentido el tiempo detenido en el instante mismo en que Michael descubrió su error. Haber notado la extrañeza del aire congelado dentro del cuarto y reconocer que algo raro estaba pasando. Dejar el libro sobre la cama y salir del cuarto descalza, como estaba, ver en el corredor el paso a medio dar de Misha, mi gata, y detenerme por un rato en la visión de su cuerpo embalsamado en el tiempo. Hubiera caminado hasta la ventana y hubiera visto la nieve suspendida en el aire como si colgara de hilos invisibles. Una constelación de copos de nieve opacos como estrellas.

Y ahí, suspendido en el aire como un astronauta en medio de un universo de estrellas opacas, Michael. Silente, meditativo, confundido, intentando dar respuesta a las preguntas absurdas que nunca le hice.

-¿Qué haces ahí? -le habría preguntado.

-No lo sé. Salté. Ayúdame a bajar.

-¿Cómo que saltaste? Está muy alto, te vas a hacer daño.

-Ya lo sé. Ayúdame a bajar, por favor. Te lo pido.

-No puedo. He detenido el tiempo.

-Por favor, te lo pido.

-¿No son hermosas las estrellas? Pareces un súper héroe en medio de toda esa nieve como quietica. Flotas como un superhéroe. ¿Por qué lo hiciste?

-No lo sé. No quería saltar, estaba muy confundido.

Luego hablaríamos por horas intentando olvidar el momento. Yo en la ventana y él flotando en su universo particular, recordando las veces en que volvíamos del cole y subíamos juntos a la azotea del edificio para gritarle cosas a la gente y hacer pompas de jabón y a contar estrellas y a contarnos la vida y a llorar un poco.

Luego, cuando comenzaran a derretirse y a caer los copos, lo miraría a los ojos y me despediría.

-Tengo que irme, Michael. Mañana vendré a verte.

Él me miraría con sus ojos sin lentes y me sonreiría. Yo cerraría la ventana, volvería adentro de casa y pasaría de largo acariciando a Misha. Volvería a la cama, tomaría el libro y volvería a la misma línea en la que estaba cuando sentí el tiempo detenerse. Luego escucharía el golpe seco de Michael contra el pavimento y sabría que ambos nos perdonamos por no habernos besado. Que la vida es mucho más que el rechazo del amor de un amigo, que Michael había dejado de ser astronauta para convertirse en pájaro herido y en picada contra la fina capa de nieve que cubría el pavimento.

Cada vez que me paro en esta ventana puedo ver su cuerpo abajo bordeado por la nieve. Luego extiendo la mano y miro al frente, junto mis dedos con los suyos en ese viaje inverno espacial en el que estuvo suspendido mientras hablaba conmigo. Prefiero recordarlo como el astronauta de las estrellas de nieve que como el pájaro confundido que olvidó volar en el camino.

Quién quiere ir al cole ahora. Qué manera más épica de comenzar el invierno.

II

EL COLE

Siete calles separan el cole de casa. O debería decir, siete capas infernales de caminos indeseables separan el infierno de mi casa del infierno del colegio. Volver a clase sin Michael es como verse obligado a recorrer en llanto los pasos que antes eran risas. Reíamos por todo y por nada. Jugábamos a no pisar las hendiduras entre las piedras de la calzada y nos empujábamos a propósito fingiendo tropezar para hacer que el otro perdiera. Tocábamos los timbres de las casas en el camino fingiendo ser el correo para entrar a los edificios y subir hasta las azoteas. Nos gustaba especialmente la azotea del número 25 en la calle Oscura. ¿Cómo puede una calle llamarse Oscura y cómo puede alguien mudarse a cualquier número de una calle que tenga ese nombre? Pero ahí íbamos nosotros a la salida del colegio y nos encantaba. Subíamos corriendo los pisos hasta la azotea y abríamos la puerta introduciendo el carnet de la biblioteca entre el marco y la puerta a la altura de la cerradura. A Michael nunca se le dio bien abrir puertas. A mí sí, yo las abría todas.

En el cole no miro a nadie. No sé qué piensan cuando me ven pasar , ni siquiera sé cómo me miran. Entre la puerta del cole y la silla en el rincón de mi clase hay 198 pasos los lunes y 197 de martes a jueves. Los viernes no lo sé, no los cuento.

Camino por el centro del pasillo embotada en las notas de Adrian Smith ejecutando un magistral solo de guitarra; en ocasiones es James Hetfield quien se descarga en mis oídos. Hoy es Young. Otro grande se ha ido.

El movimiento es mecánico. Salgo de casa, giro a la izquierda, camino dos calles, doblo, continúo caminando, cinco calles más, cruzo la acera y subo las escadas, entro. El pasillo debe estar lleno de chicos y chicas que ven

pasar la pobre chica rara a la que se le ha matado su amigo pero no me importa. Comienzo a contar siempre con el pie izquierdo. uno, dos, tres, cuatro, cinco... al paso veintinueve giro y subo las escalas, ochenta y dos pasos hasta el último nivel contando descansos. Continúo, cruzo de largo la sala de profesores y sé que pueden verme, me huelen, me siguen con la mirada. Sumo setenta pasos adicionales para esquivar la sala de psicología y evitar el encuentro con missis Marie Madeleine, esquivo uno que otro niño que disfruta sus últimos días de gloria sumido en la ignorancia antes de caer de lleno en el pozo abismal y demencial que supone la entrada al instituto después de la escuela. Me dan pena esos niños que desconocen lo que les espera y exhiben con tanto orgullo sus dientes de perla que ya no tendrán cuando el primer grandulón del colegio los encuentre y les robe la lonchera.

196, 197, 198... Hoy es miércoles... miércoles con sabor a lunes. Hago una pausa antes de entrar a clase. Aquí vamos...

Sé que iré sumando pasos pesados demencialmente hasta hacer en un sólo día los pasos que haría en una semana. Sé que cada vez me pesan más los pies y me cuesta cada vez más hacerlos avanzar. Sé que eventualmente dejaré de venir los miércoles y me tomaré un descanso a mitad de semana para extenderlo progresivamente hasta tomar jueves y viernes, sumar el fin de semana y volver a mi descanso de nuevo el miércoles para descubrir que no he hecho nada, absolutamente nada en una semana. Sé que me pesa el alma como una tonelada de nada y nada pesa más que la nada, sentir ese vacío extremadamente pesado sobre los hombros que oprime el pecho y quebranta los huesos... Sé que dejará de importarme la vida progresivamente y que el sentimiento será mutuo, hasta que la vida y yo decidamos tomar caminos diferentes y nos miremos a los ojos por última vez. Sé que llegará ese día, pero todavía no sé cuándo.

Sé que al abrir la puerta estará la señorita "méteteeldedoalculo" que mirará el reloj cuando me vea, me pedirá que me quite los cascos y me arrojará una mirada de #meimportasunamierda y #queteden. Es su trend topic, es lo que hace con todos. Yo fingiré que no la escucho y ella fingirá que no le importa; al final no la escucho aunque la escuche y no le importa aunque le importe. Me dejaré los cascos. Me sentaré en el rincón e intentaré aguantar hasta el final de la clase. Aguantar hasta que la clase acabe es mi objetivo desde que llego. La dama de Hierro estallándome en los oídos es mi único remedio, el único verso que me llena de calma mientras finjo estar aquí presente en este universo. Abro la puerta.